

grandecimiento de las naciones, que marchan, marchan, á pesar de la contradicción. Sabéis muy bien que las reformas y mejoras de las instituciones no se hacen precisa y esclusivamente aumentando la estrictez y severidad, sino también reduciendo el paso, condescendiendo, consolando, para que medidas que en gran parte solo existen en el papel, se conviertan en otras suaves y de no difícil ejecución. Si en vez de encíclicas y *Syllabus* y pretensiones de infalibilidad, hubierais convocado concilio general, para rebajar la tirantez de ciertos mandatos, que se han hecho cargo de la debilidad humana, y de que no es posible desnaturalizar la obra de Dios, habríais merecido los aplausos de todos. Por ejemplo, eximido á los párrocos de los pueblos de la dura y difícil obligación del celibato, y reducido á un año la emisión de los votos monásticos, que podrán repetirse sucesiva y voluntariamente. ¿No podrían decirse entonces, que con menos decantada perfección había más moralidad?

Podía extenderse la suave y racional reforma á otros muchos puntos, como la reducción de los días en que se prohíbe como pecado el trabajo, este elemento moralizador; y dejar de contradecir á los gobiernos en el establecimiento del contrato civil del matrimonio, este contrato suyo, como lo era antes de Jesucristo. Si esto y más hubierais hecho en concilio ó fuera de él, nadie os habría disputado entonces poder, y en vez de infalibilidad hubierais obtenido las bendiciones de todos los pueblos con su profunda gratitud. Y ¿tan laudable procedimiento no hubiera sido útil aléreditado é intereses de la iglesia? mientras que ahora.....

Beatísimo Padre, quizá es tiempo todavía. Consultad vuestro corazón; desmentid, avergonzad con vuestras obras las encíclicas y condenaciones, y el reciente dogma de la infalibilidad. ¡Qué otros no os arrebatén la santa obra de la regeneración de la iglesia

cristiana! Permitidme copiar de vuestra encíclica las palabras que dirigíais á los obispos: "No os canséis de inculcar, que toda verdadera felicidad para los hombres dimana de nuestra augusta religión, de su doctrina y de su práctica, y que es bienaventurado el pueblo que reconoce á Dios por Señor".

Beatísimo Padre, soy vuestro adicto servidor.

FRANCISCO DE PAULA GONZÁLEZ VIGIL.

*
**

CARTA PRIMERA

Señor doctor don Francisco de P. González Vigil.

Muy respetado señor:

La carta que habéis dirigido al Padre Santo, con motivo de la definición dogmática de la infalibilidad pontificia, ha venido, no diré á extinguir, pero, sí, á debilitar, en lo más íntimo de mi alma, las esperanzas de vuestra conversión.

Hace tiempo que deseaba escribiros; pero, diversas consideraciones, nacidas, en parte de mi pequeñez, y, en parte, del temor de disgustaros, habían paralizado mi pluma.

Hoy, vos mismo me habéis allanado el camino.

Aun cuando por mi edad, falta de instrucción é inexperiencia, esté muy distante de vos, creo que no lo estoy tanto, cuanto vos lo estáis del Papa.

Vos también lo creeréis así.

¿Cómo podríais, entonces, extrañar que yo, sacerdote como vos, os escriba, reprenda y amoneste frater-

nal y caritativamente, si vos os habéis permitido escribir, reprender y amonestar al Papa?

Vos, escribiendo al Papa, habéis subido hasta la altura de San Bernardo; yo creo que ni subo ni bajo, dirigiéndome á vos.

Ved pues ¡qué diferencia!

El peor efecto que pudiera producir estas cartas sería el de despreciar á su autor.

No tengo derecho á que me estiméis, pero, sí, á que creáis en mi sinceridad.

¿Qué razón podríais tener para ponerla en duda?

Pues bien: yo creo que sois un hombre inmensamente desgraciado; y, movido de compasión, vengo á deciros: un horroroso abismo está abierto bajo de vuestras plantas. ¡Por Dios! tened cuidado de no precipitaros en él.

Semejante conducta ¿puede merecer vuestro desprecio?

No puedo creerlo, por vos mismo.

A pesar de todo lo que habéis hecho para perder en la opinión de los hombres sensatos, yo tengo todavía una buena idea de vuestro corazón; y vuestro corazón no os permitirá despreciarme, estoy seguro de ello. Si no en vuestros labios, á lo menos, en el fondo de vuestra alma, encontrará simpatía mi proceder.

Tampoco podéis ser indiferente, podéis afectar serlo, pero nunca sentiréis que lo sois.

Menos creo aún que puedan humillaros mis palabras.

¿Quién soy yo para que os sintáis humillado por mí? ¿puedo acaso disputaros ni vuestra gloria, ni vuestra ciencia, ni vuestra reputación? No discuto la legitimidad de sus títulos, pero, os confieso francamente que están fuera de mi alcance.

Basta lo dicho para explicar y hasta justificar estas cartas; y sobra y sobreabunda para patentizar, que yo

os trato con más consideraciones de las que vos habéis tenido para tratar al Papa.

I

Comenzáis vuestra carta por tres injurias.

Helas aquí:

“¿Hasta cuándo, Beatísimo Pío, continuaréis llenando de angustia á los católicos, y dando materia de murmuración á los extraños? ¿Cuánto tiempo todavía seréis víctima de los que os alucinan con extraviados consejos, presentandoos, como causa de religión, un sistema de partido? ¿Qué aguardáis para cumplir el cristiano deseo del P. San Bernardo de *ver antes de morir la Iglesia de Dios, como en los tiempos antiguos, cuando los Apóstoles echaban redes para coger almas y no plata y oro?*”

¿No se ha estremecido vuestra mano de sacerdote, al escribir estos ultrajes?

Quiero exhibirlos en toda su repugnante desnudez.

El gobierno de Pío IX es funesto para la Iglesia católica.

El Papa es un ignorante, que toma como causa de religión lo que es un sistema de partido.

La avaricia ha reemplazado en la Iglesia de Dios al celo por la salvación de las almas.

Eso queda, así tan vergonzoso y tan asqueroso, como lo veis, después de quitarle los harapos con que lo habéis cubierto.

Oid ahora mi respuesta.

II

Comienzo por negaros, en nombre de mi fe de cris-

tiano y de mi carácter de sacerdote, el derecho de quejarnos por nosotros y de haceros intérprete de los sentimientos de nuestra alma.

Tenemos, es cierto, nuestras alegrías y nuestras tristezas, nuestros consuelos y nuestras amarguras; pero vos no podéis comprenderlas, ni, mucho menos apreciarlas.

Vuestro corazón no palpita con las palpitaciones del nuestro.

Probablemente, siempre que vos estáis alegre, nosotros estamos tristes, y, cuando la tristeza nubla vuestra frente, el gozo rebosa en vuestro pecho.

Nó; estáis muy lejos de nosotros para que podáis hablar de lo más íntimo que hay en nuestras almas nuestros pesares, nuestros dolores, nuestras angustias.

El turco ó el judío hablarían de ellos mejor que vos.

Os vedamos la entrada en ese terreno, demasiado sagrado para que vos lo profanéis.

Aprended, ahora, algo de nuestras alegrías y de nuestros consuelos, de nuestras tristezas y de nuestras angustias.

III

Nos alegra ver á nuestro muy amado y venerado Padre Pío IX exaltado en el Solio Pontificio, y nos gozamos de que el Supremo Gobierno de la Iglesia católica esté confiado á su sabiduría, á su prudencia y á su santidad; y nada deseamos ni pedimos á Dios con más ardor, sino que prolongue sus días más allá de los días de Pedro, para bien de la Iglesia y consuelo de nuestras almas.

Nos alegra, y esta alegría crece y se aviva con el tiempo, la definición dogmática de la Concepción In-

maculada de María, y por ello, tributamos á Dios, día por día, las más humildes acciones de gracias. ¡Oh Madre nuestra! ¿qué alegría puede compararse, en la tierra, á la del corazón católico que te contempla en el cielo, coronada de gloria, arrebatando de admiración á los Angeles, y á tu adorable Hijo revestido de los esplendores de la divinidad; y luego, descendiendo hasta lo profundo de su bajeza, exclama pensando en Tí: Esa es mi Madre; y, hablando de Jesucristo: Ese es mi Hermano?

Nos alegra la soberanía temporal del Padre Santo; y nos gozamos mucho de ver unidas, en su Sagrada Persona, la dignidad real y la dignidad sacerdotal; y creemos que esa unión es el tipo verdadero, viviente y personal de la necesaria é indisoluble alianza, que, según el plan divino, debe haber entre la Iglesia y el Estado, de manera que la Providencia quiere que la soberanía real y la soberanía pontificia estén juntas en el Papa, para que no anden separadas en el mundo; por eso no tiene límites nuestra gratitud á Pío IX por la augusta dignidad é incontrastable firmeza, con que ha resistido siempre las seducciones, los halagos, las promesas y hasta las amenazas de la revolución, pronunciando, con la sublime y tranquila majestad del Pontífice-Rey, ese NON POSSUMUS, que será una de las glorias de su Pontificado, como es, hoy, el tormento y la desesperación de la diplomacia europea.

Nos alegra, y esta alegría supera á todas las demás, la definición dogmática de la infalibilidad pontificia: victoria suprema del Pontificado sobre la Revolución; última y perfecta síntesis de las doctrinas conservadoras, en Religión y en Política: maravilloso remedio para curar la rebelión, en todas las esferas, que es la gran enfermedad de nuestro siglo; prenda cierta de felicidad para los individuos y las sociedades.

Ahí tenéis un imperfecto cuadro de nuestras alegrías.

Y no quiero que me creáis sobre mi palabra, ese privilegio es vuestro, y renuncio enteramente la participación, que pudieran darme en él vuestro ejemplo y vuestras pretensiones.

Abrid la historia de los últimos 25 años.

¿No habéis leído las muestras de amor, veneración y respeto, que la cristiandad entera dió al inmortal Pío IX, cuando una infame traición lo hizo abandonar su trono, su ciudad y su pueblo y lo confinó, por diez y seis meses, en la roca de Gaeta? Están coleccionadas en dos grandes volúmenes, que están á vuestra disposición.

¿No habéis oído las súplicas, los clamores, y hasta las instancias del Episcopado y el pueblo para que se definiese dogmáticamente la Concepción Inmaculada de María; y, luego, las inmensas aclamaciones, cuyos ecos todavía resuenan en los corazones católicos, con que fue recibida, en el orbe entero, la fausta, y nunca olvidada nueva de la definición?

¿No habéis visto esas legiones de héroes, que, de todos los puntos del universo, parten, en peregrinación á la Ciudad santa, besan humildemente el polvo de sus basílicas, se despojan de sus vestiduras, y hasta de las insignias, con que los ha ennoblecido la limpieza de su sangre y de su cuna, visten el uniforme del soldado, cogen alegremente las armas y vuelan, llenos de gozo, á echarse á los pies del Pontífice—Rey? ¿No lo habéis visto?

Escuchad su discurso:

Padre Santo: os pertenece nuestra sangre, y venimos á derramar, hasta la última gota, en defensa de Vuestros derechos; os pertenece nuestra vida, y venimos á sacrificarla, hasta el último aliento, en defensa de Vuestra independencia. Ahí dejamos una madre, un

padre y una hermana; pero, estamos tranquilos, porque, al darles el último abrazo, en el dintel de nuestro hogar, las entregamos al Padre Celestial, que da comida á las aves del cielo, y vestido á los lirios del campo. Bien sabemos que militar bajo vuestras banderas es llevar, á los ojos del mundo, una ejecutoria de oprobio y de deshonra, y que la única parte de nuestra herencia y nuestro cáliz es el odio y las maldiciones de la revolución,—maldiciones, que no llegan á nosotros, sino después de haber pasado sobre Vuestra cabeza, sin hierirla; sin duda, por eso, nos consuelan, nos alegran y nos fortifican. Dejamos al mundo en plena posesión de sus riquezas, de sus glorias y de sus honores; tenemos más altas y nobles ambiciones; queremos, como única recompensa de nuestros sacrificios, primero, la felicidad de servirlos, y luego una bendición de Vuestra mano, una medalla con Vuestra imagen, y pronunciar, en nuestros últimos momentos, si tenemos la felicidad de morir por VOS, junto con Vuestro nombre, los de Jesús y de María.

¿Ni habíais visto ni habíais oído tales cosas?

¿No os han contado los viajeros de la Ciudad santa, ni habéis leído en los libros, que *refieren lo que allí pasa*, las escenas de amor, respeto y veneración á Pío IX, de que ha sido teatro la eterna ciudad?

¿No os han contado, por ejemplo, que tres veces se ha reunido el Episcopado, alrededor de la cátedra apostólica, ya para testificar, con su presencia y con su adhesión, la definición dogmática de la Concepción Inmaculada de María, ya para solemnizar la canonización de los mártires del Japón, ya, finalmente, para celebrar el décimo octavo centenario del martirio de San Pedro; no habiendo precedido á estas magníficas reuniones de los Obispos de la cristiandad, sino una simple invitación del Papa?

¿No os han referido que, en todas estas solemnes